

SEGUNDA PARTE.

Si las reflexiones que acabo de hacer os han llamado con fuerza, hermanos míos, vuestro espíritu y vuestra razón hácia la urgentísima, estrecha é imprescindible necesidad de la perseverancia constante en la práctica del bien durante el breve curso de la vida humana; si poseéis en efecto las altas convicciones morales que la perseverancia supone, congratúlome con vosotros de parte de Dios; pues os veo con solo esto introducidos ya en el fondo de los medios que deben ponerse en práctica para perseverar. Porque, decidme: ¿qué disposición más feliz que la de una voluntad firme y decidida? Cuando la voluntad se ha resuelto del todo, el entendimiento, ilustrado y regido por la verdad, ha triunfado ya sobre el carácter, ha reportado una brillante victoria sobre las pasiones y sus obstáculos, ha engendrado esa especie de convicción íntima que ensancha las fuerzas, difunde la luz, afirma la esperanza y alumbra el nacimiento de las altas virtudes. ¿Queréis, en efecto, hermanos míos, perseverar? Yo os daré el medio, hélo aquí; quererlo, quererlo bien, quererlo con solicitud, quererlo con vehemencia, quererlo con todo el movimiento de los instintos, con toda la partura de las inclinaciones, con toda la eficacia de los deseos más bien formados; quererlo con una preferencia sobre todas las cosas, quererlo con decisión, quererlo sin la idea de transigir, quererlo sin el influjo de los respetos humanos, quererlo sin esos medios términos donde más frecuentemente naufraga la virtud; quererlo contra

el influjo pernicioso del ejemplo, contra las delicadas tentaciones del placer y de la vanidad, contra los movimientos siempre indómitos del orgullo, contra los acentos rendidos ó los arrebatos impetuosos de la carne y de la sangre, contra todo lo que no es Dios y lucha para apartarnos del bien. ¿Queréis perseverar? Queredlo de veras, y todo está hecho.

Pero qué, ¿tal es el poder de la voluntad humana, que un solo *fiat* articulado con el acento de la firmeza y de una resolución incontrastable, baste para obrar el gran prodigio de la santidad sobre el venturoso aniquilamiento del hombre viejo? Sí, católicos, sí otra vez, sí, os lo repetiré constantemente: tal es el poder de la voluntad humana, si bien un poder que le viene por comunicación, y no por naturaleza, un poder que Dios engendra cuando ella se decide, un poder de los que mejor caracterizan la presencia de la gracia, cuyos efectos, como bien sabido lo tenéis, consisten precisamente en el poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias. Sí, Dios mío, sin tí nada puedo y nada quiero en la línea del bien; pero contigo todo lo quiero, todo lo puedo; porque habiéndome criado para tí, habéis divinizado en cierto modo mis facultades todas cuando se dirigen á tí como á su centro.

A este medio, el más capital, el primero en el orden de cuantos nos acercan á Dios por el ejercicio de la perseverancia, se refieren, hermanos míos, todos los otros, como á un principio todas sus verdades subalternas y todas sus consecuencias legítimas. ¿Porqué? ¿porqué una voluntad así resuelta coloca el poder moral sobre una altura inmensa, y á la par domina sobre lo pasado, lo presente y el porvenir. Vive el hombre en lo pasado

con sus recuerdos, habita en lo presente con sus sentimientos y sus obras, recorre el porvenir con sus previsiones, sus deseos y sus esperanzas. ¿De qué se trata? de asegurar la felicidad eterna. ¿Cómo asegurarla? purificando lo pasado por medio de una contrición verdadera, santificando lo presente por medio de una mudanza absoluta, asegurando el porvenir por medio de una consecuencia inalterable en el bien obrar. Deteneos un poco: considerad bien una voluntad resuelta. ¿Se ha resuelto en contrario sentido? ella pues nace del arrepentimiento: ¿Este arrepentimiento es verdadero? la voluntad retira por lo mismo cuanto puede ser ocasion próxima ó remota de producir este sentimiento; y entonces, ¿que prevee? derrotas ó triunfos: ¿qué desea? no ser jamas vencida? ¿que aguarda? conquistar por este medio la eterna ventura de los escogidos.

Estas reflexiones sencillas á la par que verdaderas y sólidas, podrian ¡oh católicos! derramar sobre vosotros alguna luz, para estudiar con provecho dos fenómenos mui notables en la vida cristiana. Cuantos han sido pecadores resusitan á la vida de la gracia por medio de la penitencia; y esto tienen de comun todos los que se acercan á la piscina santa para volver á Jesucristo; pero entre estos hai unos que realmente se trasforman, y siguen el inalterable curso de una vida penitente y fervorosa, y otros hai que andan por una carrera de confesiones y reincidencias, de resurrecciones y de muertes. ¿Cómo explicar este fenómeno moral? Para mí, de un modo mui sencillo: cada uno al convertirse recibe un cierto impulso de la naturaleza y de la gracia, que á la vez determinan la direccion y el movimiento que debe tener para lo futuro; pero esta direccion y este movimiento

son desiguales: unos los conservan por toda su vida; y San Pablo desde que dejó de ser perseguidor, no vacó un solo instante del apostalado, y Mateo no volvió jamas á la negociacion, y Magdalena nunca volvió á dirigir ningun cumplimiento al mundo, y la Egipciaca se fué al desierto á esperar la hora de la eternidad; é Ignacio de Loyola prosiguió sin alteracion un curso pacífico de virtudes, como el discípulo de Ambrosio, el águila de las antiguas Iglesias de Africa, el grande Agustino, desde el dia feliz en que un encuentro de su corazon con cierta leccion de San Pablo consumó en él la obra de la gracia, arrojó de sí las obras de las tinieblas, y ni un instante solo de su futura vida se despojó de la lucida y brillante armadura de la humildad, del pudor, de la mortificacion, de la continencia, del zelo y de la oracion, ese escudo eterno que portan los verdaderos hijos de la Iglesia, y donde está esculpido el nombre de Jesucristo, para rendir ante sí, como dice el Apóstol San Pablo, á los cielos, á la tierra y á los abismos. Otros empero, hermanos mios, se convierten para pervertirse mui pronto, y como si fueran árbitros de la gracia, se pervierten para convertirse otra vez. Lloran, es verdad, mas para reir mui pronto; deploran el destierro, pero no discurre mucho tiempo sin que abandonen de nuevo su patria. Antioco llora, Saul llora; pero Antioco y Saul persisten en sus pecados: son lágrimas estériles y reprobadas las suyas, porque no crian una virtud, no denuncian una trasformacion completa, no desarman el brazo eterno, levantado para herir al alma impenitente.

Si estas reflexiones y estos ejemplos tienen algun influjo, algun valor, algun significado preciso en la célebre cuestion de la felicidad; señores, abrid vuestros ojos,

pensadlo bien, convenceos de que el primero y mas eficaz medio para perseverar está cifrado nada ménos que en los caracteres del propósito que se articula en el alma en consecuencia de la conversion, y como el resultado inmediato de un verdadero arrepentimiento.

¿Qué es necesario para perseverar? que no se interrumpa jamas el concierto de la naturaleza con la gracia en la carrera de la virtud: asegurado este concierto, la perseverancia es infalible. Veamos pues ahora cómo una voluntad firme, resuelta y decidida cuenta con todo para asegurar este concierto feliz. Dirige una mirada sobre lo pasado, y en la deplorable historia de sus extravíos mira bien representado el sueño de los Apóstoles que no pudieron velar una hora con Jesucristo, y aquella desigual y penosa lucha entre el espíritu siempre pronto, y la carne siempre enferma: la inercia triunfando de la actividad, la carne del espíritu, las pasiones de la razon, los sentidos de la inteligencia: lucha cerrada, y siempre humillante para la mas noble parte de nuestro ser. Observad entónces, como vosotros lo habéis observado en este santo retiro, que no habria sido tal el resultado de la contienda, si la guerra se hubiera dirigido de otra suerte; pero habiendo dejado la razon abandonada al simple recurso de sus buenos instintos, quedó siempre envuelta en las borrascosas oleadas de los sentimientos y de las pasiones.

Tiene el hombre dentro de sí mismo un tribunal secreto donde falla constantemente en favor de la virtud todas las cuestiones de la conducta; pero tiene al mismo tiempo vehementes y constantes impulsos que, sacándole de sí mismo, le arrastran á la depravacion por entre las sendas floridas del placer. „Yo tengo en mis

miembros, decia el Apóstol San Pablo, una lei que repugna y contradice á la lei del espíritu.” Este me llama siempre á la virtud y á la santidad, me impele á la abnegacion y al sacrificio, me adhiere á la fiel observancia de la lei sacrosanta del Señor, miéntras aquella me arrastra tiránicamente de continuo por las vias de la iniquidad á los abismos de la muerte. Me deleito, me recreo en la lei del Señor segun el espíritu, segun el hombre interior; pero ¡ay! veo al mismo tiempo otra lei en mis miembros que contradiciendo á la voz de mi voluntad bien ilustrada me reduce á la infamante y penosa tiranía del pecado que habita en mis miembros! ¡Infeliz de mí! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte? ¹ ¿quién me desatará las cadenas que pesan sobre mi corazon?

Católicos, he aquí el grande obstáculo, el inconveniente único que tiene la perseverancia, estos dos rivales que abrigamos en nosotros mismos esta no interrumpida contienda, donde se hallan contenidos todos los riesgos inminentes que corre la virtud y todos los derechos sacrosantos que forman el merecimiento y nacen de la victoria. ¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los que viven, ha dejado de experimentar y sufrir el poder tiránico de esta lei de la carne, á la vez que se siente arrebatado por las mas dulces aspiraciones al impulso del amor divino? ¿Quién no conoce estas crisis de la inocencia, estos escollos de la virtud, esa copa dorada donde el enemigo nos suministra la muerte? ¡Infelices pues de nosotros! dirémos aquí con el atribulado Apóstol: ¿quién nos librará de este cuerpo de muerte? ¿Quién católicos? la gracia de Dios, por Jesucristo

(1) Rom. VII, 24.

Señor nuestro, dice el mismo Apóstol San Pablo. ¹ Con la gracia de Dios lo podemos todo, y el que sinceramente quiera estarle adicto, conocerá por experiencia propia esta especie de omnipotencia de que la gracia nos revisite, y podrá decir á su turno, como este maestro incomparable, „Debo á la gracia lo que soi, á esta gracia que todo lo realiza para el bien, y que mora en mí constantemente.” ² En efecto, hermanos míos, ¿qué basta para perseverar? poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias. ¿Quién produce estos bienes inapreciables? ya lo sabéis desde vuestra infancia cristiana: la gracia los produce. ¿Dónde está pues el secreto de la perseverancia? en la permanencia de la gracia. ¿Cómo conseguirlo? Recordad lo que dijo Jesucristo á sus Apóstoles: „Velad y orad para que no caigais en tentacion.” La oracion y la vigilancia cristiana: he aquí todo. No somos nosotros los autores de la gracia, ni Dios la concede por un deber de justicia, sino por un movimiento espontáneo de su bondad. Es pues necesario mover esa bondad en favor nuestro, y esto se hace por medio de la oracion. La gracia tiene una institucion en la tierra especialmente consagrada á su distribucion: esta institucion es la Iglesia. Tiene tambien órganos y conductos fijos por donde se comunica y distribuye, y estos son los sacramentos, donde la oracion tiene su complemento y la gracia su feliz aplicacion á nosotros. Mas ya recibida, ya poseida, corre un riesgo, católicos y un riesgo inminente, el de ir en disminucion hasta llegar á extinguirse. No basta pues alcanzarla y recibirla; es ademas necesario radicarla en el corazon, como una planta fecunda que se desarrolla y fructifica mediante un esmerado cultivo.

(1) Ibid. 25. Lo demas es traduccion parafrástica.—(2) I Cor. XV, 10.

He aquí porqué nuestro manual catecismo establece, como tres requisitos indispensables para alcanzar y hacer crecer la gracia, la oracion, los sacramentos y el ejercicio de las virtudes. La primera, es el movimiento del alma hácia Dios, los segundos el movimiento de Dios hácia el alma, el tercero, la no interrumpida concordia entre la naturaleza siempre activa y despierta, y la gracia siempre pronta y fecunda. ¿Qué es lo primero? oracion dirigida. ¿Qué es lo segundo? oracion escuchada. ¿Qué es lo tercero? vigilancia continua. He aquí porqué Jesucristo Nuestro Señor redujo á la oracion y á la vigilancia cristiana los medios eficaces de la perseverancia final: *vigilate et orate, ut non intretis in tentationem* ¹ y del modo mas terminante cifró en esta el cálculo moral é infalible de la predestinacion: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.* ² Puede asegurarse pues, que la recaida en el pecado es un efecto del sueño del espíritu y del silencio del corazon. El que medita con la inteligencia y con la voluntad las verdades eternas no puede ser nunca la presa de la indiferencia; pues aunque habitante del tiempo, vive con su alma en la eternidad, y por lo mismo mantiene siempre la lámpara encendida en la presencia de Dios. „Traed sin cesar á la memoria vuestras postrimerías, dice el Espíritu Santo, y no pecaréis nunca.” ³ Velad y orad, dice Jesucristo, y no caeréis en la tentacion. ⁴ „Ruega al Señor y el te escuchará, decia Job.” „Invócame, dijo el Señor á David, y yo te libraré de los peligros. ⁵ Pedid lo que queráis, dice el mismo Jesucristo por San Juan, y se os dará todo.” ⁶

No acabaria yo nunca, si pretendiese atesorar aquí to-

(1) Matth. XXVI, 41.—(2) Ib. X, 22.—(3) Eccli. VII, 40.—(4) XXII, 27.—(5) Ps. XLIX, v. 27.—(6) XV, 7.

das las autoridades que vienen á comprobar la eficacia de la oracion para la perseverancia. Las mas bellas inspiraciones del Profeta-Rei son otros tantos cánticos gratulatorios de oraciones atendidas, de votos felizmente coronados. La fuerza, el poder, la resignacion, la constancia y todos los privilegios, dotes y virtudes que admiramos en el libro de los *Hechos apostólicos*, son otros tantos efectos de la oracion: es él una historia en que la suma de lo concedido es igual y aun superior á la de los votos dirigidos al cielo. Viniendo á la historia de la Iglesia, podriamos decir, que ese vasto conjunto de virtudes y de grandeza, que ese pasmo de sabiduría que resplandece en los Doctores, de firmeza que los confesores hacen admirar, de limpieza y castidad que atrajo la veneracion sobre las vírgenes, de resignacion, de paciencia y de constancia que sostuvo á los mártires entre los mas crueles tormentos, &c. &c. son las consecuencias precisas de una oracion bien gobernada; y por tanto, la eficacia de la oracion brilla lo mismo en la doctrina que nos anuncia la disposicion del Señor para escucharla, y en la historia que nos presenta los efectos constantes que ha producido ella en todos los siglos.

Mas ¿por qué causa, hermanos míos, viene á herirnos á cada paso á los ministros del Señor ese no interrumpido clamoreo de los que oran en vano? Porque se falta de ordinario á las condiciones de la oracion. ¿Cuáles son estas? Pedir lo que se debe, y pedirlo como se debe. Las cosas puramente temporales, complicadas misteriosamente, digámoslo así, en los vastísimos é inaccesibles planes de la Providencia Divina, que sin tocar la libertad humana, sin herir el bien moral, encadena soberanamente el activo sistema de las causas segun-

das, se nos otorgarán ó no; mas los bienes del espíritu, vendrán siempre, no lo dudéis, porque siempre son necesarios, siempre son inseparables de la virtud, y nunca dejan de conducir á nuestra justificacion. Diríjanse á ellos nuestros votos en el orden de nuestros intereses eternos, y estos votos serán plenamente cumplidos porque escrito está: „Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis tocad, y se os abrirá la puerta.

Sin sentirlo, acabo de anunciaros ya los caracteres de la oracion. Es necesario pedir, buscar y tocar: luego es necesario que nuestra oracion sea humilde, confiada y perseverante. Jesucristo nos manda, no solo *pedir*, sino tambien *buscar*; no solo buscar, sino tambien *herir frecuentemente la puerta*. *Pedid*, nos dice, y recibiréis; *buscad*, y hallaréis; *tocad la puerta*, y se os abrirá; ¹ y este triple precepto seria una redundancia inútil, si la oracion no hubiera de ser al mismo tiempo humilde, confiada y perseverante. El que pide, hace una profesion explícita y solemne de su necesidad y su miseria: si pide á Dios y lo pide todo, no se considera grande bajo ningun aspecto: su poder es nada, su nada es todo lo que reconoce en sí mismo. *Pedid y recibiréis*: he aquí la humildad. El que busca, lleva delante de sí la esperanza, y el que espera, confía: si se nos ha mandado pues buscar, y prometido juntamente el hallazgo, es porque nuestra oracion debe ser hecha con un sentimiento de confianza: *buscad, y hallaréis*. Se nos manda al mismo tiempo tocar, con la promesa de que la puerta se nos ha de abrir. ¿Y cuál es la extension de este precepto? ¿cuál es la duracion del tiempo que ha de circunscribir esta accion de nuestra solicitud? Si hemos de to-

(1) Luc. cap. XI, vv. 9 et 10.

car para que se nos abra, debemos tocar hasta que se nos abra. La razon es clara: si retrocedemos ántes, esto no puede ser sino porque creemos que no se nos ha de abrir, y entónces faltamos á la confianza; ó porque nos disgustamos de esta accion, y este disgusto, producido por el orgullo, es esencialmente destructor de la humildad. Cada gracia que pedimos, es una puerta que se nos ha de abrir: todas las gracias intermediarias por donde el hombre ha de pasar hasta llegar á su fin, son otras tantas puertas que abre la misericordia divina á la solicitud de sus toques: la gracia última, la que pone al hombre en la rica posesion de la felicidad eterna, es el pórtico magnífico de la ciudad de Dios. Una sola puerta de estas que permanezca cerrada basta para excluirmos de la participacion de la esperanza; y pues que todas ellas se han de abrir al que toque, todas ellas deben ser tocadas: luego el hombre debe tocar á las puertas de la misericordia por todo el espacio de su vida, y no debe suspender la accion de su solicitud, sino hasta pasar los umbrales de ese pórtico augusto que incorpora á los hombres en la sociedad feliz de los Angeles y de los Santos. He aquí la *perseverancia* de la oracion.

La oracion hecha con todos los requisitos indicados produce necesariamente sus efectos, esto es, hace descender al alma toda la gracia de que ha menester para amar la virtud y practicarla; pero esta gracia debe ser correspondida de la naturaleza, para que obre los felices efectos que en ella están vinculados. En el curso ordinario de la vida se presentan obstáculos diferentes para la virtud: todo él está sembrado de peligros, y el hombre casi no puede dar un solo paso con buen éxito, sin huir de una red, sin prevenir una dificultad. De aquí la necesidad

de estar siempre sobre sí, de cortar todas sus avenidas á las pasiones, de ponerse á cubierto de una peligrosa sorpresa: porque de otro modo la caida será inevitable. *Velad, hermanos míos*, decia el Apóstol San Pedro: *porque el enemigo de vuestras almas, semejante á un leon rugiente, gira siempre al rededor, buscando una víctima que devorar.* ¹ Al reprender Jesucristo el sueño de los Apóstoles, á quienes habia encargado velar, en un brevísimo concepto excusa á la fragilidad humana, y en otro señala, como ya lo habéis oido, los medios únicos para que ella no sirva de obstáculo á la virtud. *El espíritu está pronto, mas la carne está enferma. Velad y orad, para que no caigáis en la tentacion.* ² *Sed simples como la paloma, decia tambien al mismo propósito, y astutos como la serpiente.* ³ Esta sencillez de la paloma es la noble y deliciosa confianza de una alma que todo lo espera tranquila de la gracia; y esta astucia de la serpiente es el carácter distintivo de un espíritu que todo lo tiene calculado, todo previsto, todo dispuesto, para frustrar los ataques reiterados y vehementes de los enemigos que le combaten: tal es la *vigilancia* cristiana. Jesucristo consagra una parábola, para poner esta virtud en contraste con la inercia del espíritu, que no parece sino el funesto letargo precursor de la muerte. Las vírgenes que estuvieron en vela fueron admitidas al convite del Esposo, mientras las otras, que no tomaron esta sábia precaucion, fueron desconocidas allí, y precipitadas en las tinieblas, „*La venida del dia del Señor*, dice San Pablo, *como la de un ladron, se ha de verificar al peso de la noche,* ⁴ y esto lo dice para darnos á entender, que la gloria es

(1) I. Pet. cap. V, v. 8.—(2) Math. cap. XXVI, v. 41.—(3) Math. cap. X, v. 16.—(4) I Thess. cap. V, vv. 2 et 3.